EL SECRETO DE LA EVOLUCION

(Circa 1912)

Annie Besant

Desde que el libro de Darwin apareció en el mundo formando época, la actitud mental de la humanidad, respecto del universo de que forma parte, puede decirse que ha sufrido un cambio radical. A la verdad, en Occidente se había hablado de la evolución antes de que Darwin y Wallace escribieran sobre ella, pero seguramente no había penetrado gran cosa en el pensamiento de la época.

Es casi imposible hacer retroceder nuestra mente a la posición sostenida por un gran número de gente pensadora cuando se inició por primera vez la discusión sobre este tema en el público; la idea de que las cosas formaban una poderosa cadena, una cadena en la que cada eslabón tenía su sitio propio, en la que no faltaba eslabón alguno; la idea de considerar nuestra propia raza, los reinos animal, vegetal y mineral, el mundo mismo, como causalmente relacionados, desenvolviéndose el uno del otro, era uno de esos pensamientos estupendos que cambian la faz de la humanidad, que alteran la actitud toda del pensador respecto de lo que le rodea. En todas partes, entre la gente culta, el pensamiento de la evolución ha reemplazado al de una creación especial. No sólo es esto verdad en lo que se refiere a las formas de las cosas vivas, sino que el pensamiento se ha extendido hasta comprender las cualidades morales del hombre y su desarrollo intelectual: luego ha sido aplicado al desarrollo de las naciones; ha servido para iluminar la historia, para enlazar una edad con otra, y para encontrar en todas partes las raíces de un pasado del cual se ha derivado causalmente el presente. En las manos de hombres como Huxley y Clifford esta idea se ha ensanchado, abarcado todos los campos del pensamiento humano. Los nobles escritos del profesor Clifford, en los que desde un punto de vista puramente agnóstico, explicaba sus teorías de la ética, son un ejemplo de lo que decimos. Fundándose en la pasada evolución de la raza, en la idea de la conciencia de la raza desarrollándose gradualmente, a cuyo desarrollo cada individuo contribuía, haciéndose más fuerte y más rica con cada nueva vida que venía al mundo, hacía una elocuente llamada a los instintos más elevados del hombre; la llamada de que, como todo lo habían recibido los hombres del pasado, debían traspasar al futuro lo que habían recibido, sin mermarlo por el mal pensar ni por el mal vivir, sino alimentarlo por el pensar más noble y la vida más pura. Al hacer esta llamada, revestida de un lenguaje impregnado de toda la energía, de toda la elocuencia de una mente poderosa y de un corazón de diamante, el gran pensador agnóstico derramaba todo el fervor de la religión en una creencia que era nominalmente materialista, y despertaba todas las aspiraciones elevadas humanas con esta apelación a la responsabilidad humana, al deber humano y a la gratitud humana. Nadie que haya leído sus memorables escritos puede decir que sea necesario creer siquiera sea en la inmortalidad de la conciencia individual a fin de poseer la esencia misma de la Religión, de compartir la pasión del entusiasmo por un gran ideal.

Considerando, pues, la evolución humana desde ese elevado punto de vista, vemos que ha penetrado todo el pensamiento moderno. La creación especial nos parece ahora una idea imposible e irracional; no podríamos considerar otra vez al mundo constantemente vuelto a poblar con creaciones nuevas. No podemos ya imaginarnos el concepto antiguo de un mundo en el que repentinamente apareciese por un solo mandato divino un vasto reino de cosas vivas. Tal pensamiento nos parecería irracional , sería tan incapaz de explicarnos todo lo que a nuestro alrededor vemos, que lo desecharíamos como indigno de consideración, de tal suerte que ni siquiera se nos ocurriría ahora concederle los honores de la discusión.

Pero al considerar el mundo desde este punto de vista de la evolución, cierta tristeza se extendía sobre la mente humana. Cuando se remontaba hasta los primeros de nuestro

mundo, cuando en pensamiento veía a nuestro globo como una masa de sustancia líquida incandescente, cuando veía la lucha de los elementos, cuando observaba allí la supervivencia de lo más perfeccionado, el corazón no se angustiaba, el sentido moral no se veía ultrajado; en toda esa lucha de la vida no senciente no había dolor, no había sufrimiento ni angustia, compañeros de la contienda pero así que el pensamiento se desenvolvió con las edades, sigue siguiendo la corriente de las formas en evolución, así que se rastreó el desenvolvimiento de lo más complejo procediendo de lo simple, la delicadeza siempre creciente de la estructura, la sensibilidad siempre creciente de los organismos, entonces surgieron las preguntas en la mente sin encontrar fácil contestación, un ser luchando con otro ser en cada departamento de la naturaleza; miríadas destinados a una corta existencia, para quienes no había sitio en el mundo ni posibilidad de completo desarrollo; de esta inmensa acumulación de vida en la naturaleza, de esta superabundancia de criaturas vivas, surgía una lucha tremenda, una lucha por la vida, una lucha por el alimento. La evolución se explicó entonces como dependiente de la supervivencia de los más perfecto, lo más perfecto sobreviviendo después de la lucha por la existencia; lucha por todos lados constantemente repetida; todos los débiles, los enfermos, los más impotentes, pisoteados sin compasión; seres salvajes que se revuelven contra uno de los suyos por ser débil o enfermo; el fuerte agobiando al débil, los más astutos sobreponiéndose a los más sencillos; en todas partes la vida desarrollándose verdaderamente más hermosa, más compleja, más maravillosa, como resultado de la incesante contienda; pero al paso que la inteligencia admiraba tal maravilla, el corazón sangraba ante el espectáculo del sufrimiento. Y de este modo, a través de las edades, se traza el curso de la evolución; en todas partes la batalla, en todas partes la destrucción; cada nueva joya de forma más elevada proviniendo de este combate horriblemente enconado, siendo siempre el botín de la victoria. El poeta clama contra la naturaleza "de garras y dientes sanguinarios"; uno de nuestros más grandes obispos ha declarado que contemplando el campo de la naturaleza vemos un campo de batalla de sufrimiento y de muerte. Tal fue el cuadro dibujado por la ciencia al bosquejarnos la evolución, así en sus métodos como en sus resultados; tal la pintura presentada al investigador cuando volvía sus pensamientos al estudio de la evolución del mundo en el cual es una unidad.

Y los hombres trataron de parapetarse en contra de esta opinión, primero negando la evolución y después buscando el modo de atenuarla o de evadirla. Luego, a medida que la ciencia avanzaba en su camino, el cuadro se hizo más sombrío; pues al considerar esa larga lucha en los días en que sólo se estudiaba esta evolución de la forma, con todas las cualidades mentales y morales como resultante de la evolución física, el corazón se oprimía ante el precio a que cada triunfo se pagaba; pero uno trataba de disminuir aquel peso echando una mirada al porvenir cuando la lucha del pasado y del presente floreciesen en una edad de oro, en el reino de a virtud, de la dicha y de la paz. Siguiendo el curso de la raza humana desde los hombres de las cavernas y del período cuaternario, creyendo simplemente en esa evolución que la ciencia enseñaba cuando algunos de nosotros éramos jóvenes o de edad mediana; siguiendo el curso hacia delante en la misma línea, persiguiendo los mismos método, soñamos en la edad de oro que finalmente lucirá en el mundo, cuando la humanidad se haya elevado tanto sobre el presente como la humanidad de hoy se ha elevado sobra la del período citado. Más allá de esto, la mente no se atreve a avanzar; más allá de esto, sobre el proceso de la declinación, la mente se niega a mirar. La ciencia, a la verdad, nos dijo que la subida tiene que ser seguida de la bajada; que la evolución subía hasta el punto más culminante y luego descendía, viniendo la decadencia,

la vejez y la muerte, de modo que el maravilloso relato de la evolución tenía que terminar en el punto en que había principiado; habiéndose elevado paso a paso del polvo cósmico del pasado, tenía que volver paso a paso al polvo cósmico del porvenir.

El cuadro, hasta en su mismo aspecto de subida, era bastante sombrío y triste; pero considerado en su conjunto –con el postrero luchar sin esperanza, con la final inutilidad de la vasta evolución – presentaba un terminar verdaderamente negro y desesperado. Las últimas investigaciones de la ciencia parecían hacer al problema mismo más difícil de resolver; parecía confundirnos aún más cuando nos esforzábamos en comprenderlo. Mientras las cualidades mentales y morales fueron consideradas como resultado de la evolución de la forma; mientras se sostuvo que éstas se desarrollaban gradualmente, pasaban del padre a la progenie en una espiral siempre ascendente, presentábase por lo menos un argumento en que tanto el cerebro como el corazón podían descansar temporalmente. Pero cuando los hombres de ciencia empezaron, más tarde, a decirnos que estas cualidades mentales y morales no seguían el curso de la evolución; cuando principiaron a decirnos que la evolución de la virtud se encontraba en conflicto directo con la evolución bajo la ley cósmica; cuando, desentrañando este punto aun con más detalles, nos demostraron que a medida que el organismo se hacía más y más complejo, se hacía cada vez menos posible encontrar semejanzas entre los padres y la progenie; cuando, yendo aún más lejos, nos dijeron que mientras más elevada era la evolución de las cualidades mentales y morales, menos podían encontrarse como transmitidas a la descendencia; cuando, discurriendo paso a paso por esta senda de pensamiento, se declaró que ese triunfo de la inteligencia humana que llamamos genio era inherentemente estéril, impotente para ser transmitido a sus sucesores, entonces una nube aún más lóbrega cubrió el cuadro de la naturaleza, y la esperanza que los primeros evolucionistas nos hicieron concebir nos fue arrebatada.

A medida que esta última opinión era más y más adoptada; a medida que de un modo cada vez más claro se veía que el total de la evolución física, la evolución de la forma, dependía de una continuidad del protoplasma que servía de vehículo a las formas en evolución; a medida que esto se hacía más y más claro, al ser comprobado por sucesivos experimentos, gradualmente empezamos a ver que a esta teoría le faltaba su mitad más importante, y que al paso que rebosaba de hechos en lo que se refería a la evolución de la forma, no nos dejaba nada satisfechos, sino más bien llenos de confusión, cuando se trataba de la evolución de la vida. Verdaderamente, en lo que se refería a la evolución de las formas podíamos trazarlas las unas de las otras; eslabón tras eslabón fue encontrado, y desde luego se podía ver que dondequiera que parecía faltar temporalmente un eslabón, era más bien nuestra ignorancia que no podía verlo, y no la falta del eslabón mismo. Pero cuando supimos que toda la ley de herencia, que el edificio entero de la construcción gradual de las formas tenía que ser explicado, si es que de algún modo podía serlo, en las mismas líneas de material continuo de que dependía la construcción de la forma, entonces, naturalmente, principiamos a preguntar: ¿No habrá ahí alguna otra cosa que evoluciona a la vez que la forma? Esa evolución de cualidades de que se hablaba, la evolución de la mente, la evolución de todo lo que es lo más valioso en el hombre, la evolución de la virtud así como la del intelecto. ¿Dónde está la base continua inherente a todo esto? Hemos encontrado una base continua a la cual pueden ser inherentes las características físicas; hemos visto cómo la forma podía desenvolver la forma, y hemos seguido el curso de las líneas de causación; pero necesitamos conocer una verdad más honda: el secreto de estas formas que evolucionaban, el POR QUÉ y el CÓMO de a evolución. ¿Por qué han de ser

las formas más complejas? ¿Por qué lo sencillo se transforma gradualmente en lo complicado? ¿Por qué existe una evolución del sentido moral? ¿Por qué existe una evolución de los poderes mentales? ¿Dónde está el poder-motivo en que se funda toda esta vasta escala del ser? La ciencia nos ha hablado de una evolución de la forma: ¿puede ella hablarnos de una evolución de la vida?

En la naturaleza la muerte siempre está ocupada en destruir forma tras forma. ¿Cuál es la explicación de este constante aniquilamiento de la formas? ¿Por qué la naturaleza construye y deshace sus propias creaciones? ¿Por qué la naturaleza construye un edificio y luego lo echa a tierra, lo arrasa, sin dejar nada tras sí, salvo otra forma destinada a pasar por la misma sucesión? ¡La muerte en todas partes! ¿Cuál es la explicación? ¡Algo que guía la evolución! ¿Dónde está la clave? Esta es la pregunta que los hombres naturalmente hacen; esta es la inevitable pregunta que tiene que surgir en la mente a medida que se llega al dominio de la evolución de la forma, y se nos dice que la evolución de las cualidades superiores de la naturaleza no pueden considerarse como una serie ordenada; que el genio permanece esporádico; un enigma, el desorden en un mundo de leyes, sin provenir aparentemente de parte alguna; desapareciendo, aparentemente, sin dejar rastro. El intelecto humano no puede permanecer satisfecho frente a semejante problema; exige otra contestación, y seguirá preguntando hasta que se de la respuesta. Sobre este punto la ciencia de hoy no tiene nada que contestar, no puede explicarnos nada del aspecto oculto, del aspecto interno.

Algunos filósofos han tratado de contestar. John Stuart Mill, considerando este problema de sufrimiento y de muerte, que parece que salta lanzándose sobre nosotros cuando estudiamos la evolución, lo contestó en sus *Ensayos*, publicados después de su muerte; creía que observando los hechos de la evolución, los hechos que la ciencia había reunido, era necesario admitir un designio de la naturaleza. Pero considerando este designio, con su implicación de un Designador, pensaba que sólo era posible imaginarse que el Designador era o bien limitado en poder o limitado en benevolencia. Si había que atribuirle poder, entonces no existía la benevolencia; si se le atribuía benevolencia, entonces el poder tenía que ser limitado. Esta era una indicación que se hizo para resolver el problema del sufrimiento y de la muerte.

¿No existe una contestación mejor, una explicación más completa del problema de la evolución? ¿No será posible, más aún, probable, que sólo estemos mirando un aspecto, es aspecto externo, con que naturalmente choca nuestra vida? Vemos esta continua destrucción de la forma; unida a ella, pero, según se nos dice, no relacionada causalmente con ella, vemos otra evolución de cualidades, de virtudes, de facultades mentales y morales, una vida en desenvolvimiento constante. Si pudiésemos considerar los problemas de la naturaleza por el aspecto de la vida en lugar del aspecto de la forma; si con otra clase de visión pudiésemos contemplar este mundo de lucha, donde la forma pelea con la forma, donde las formas son constantemente deshechas; si pudiésemos apartarnos de ese osario de la naturaleza y, empleando una visión más penetrante, buscar el secreto de la evolución, ¿no veríamos una vida creciente que está sólo empleando la forma para sus propios fines? ¿No podría ser que lo que llamamos muerte no fuese más que la destrucción de una forma externa gastada, que de auxiliar se ha tornado en rémora, que de útil instrumento se ha convertido en cárcel? ¿No podría ser que la muerte perteneciese sólo a la forma; que donde los ojos ven la forma la visión superior vea la vida, y donde los ojos ven la muerte la visión superior no vea sino el renacer a posibilidades más amplias y grandes? ¿No podría ser que hubiese una continuidad de vida así como hay una continuidad de protoplasma? ¿No podría

haber un hilo continuo de vida así como hay el hilo continuo que enlaza una forma con otra? Si las cualidades fuesen inherentes a la vida; si las formas se hiciesen más y más complejas porque la vida que busca las formas para manifestarse se hiciese siempre cada vez más compleja y necesitase una forma más perfecta para expresarse; si mirando al aspecto de al vida viésemos en él alegría y triunfo, así como en el lado de la forma sólo vemos el fracaso y la muerte; si de cada forma destruida surgiese triunfante una nueva vida, como la mariposa surge de la crisálida, dejando atrás su prisión; si éste fuese el otro aspecto de la evolución de la forma; si en toda la naturaleza la muerte no fuese sino nacimiento; si la rotura de la forma no fuese sino la liberación de la vida, entonces todo lo que era tristeza tomaría aspecto sonriente y nos identificaríamos con la vida que se desarrolla y no con las formas, que sólo se deshacen cuando su obra ha terminado.

Veamos si este pensamiento puede encontrar justificación ante el intelecto, como ha sucedido con el de la evolución de la forma. Primeramente, cuando principiamos a estudiar esta evolución de la vida, vemos la vida como un germen, lo mismo que la forma lo es en un principio; así como el hombre de ciencia al seguir hacia atrás el curso de la evolución ve que en aquella forma simple, mera partícula de protoplasma, existe el principio de todas las formas complicadas que más adelante poblarán la superficie de nuestro globo, así también el que estudia la vida la ve como germen al aparecer en nuestro globo; pero en esa vida en germen, en esa chispa de la Llama Divina existe encendida toda la posibilidad de la evolución más elevada de la vida, así como en la partícula del protoplasma están todas las posibilidades de la evolución de la forma. El protoplasma proporciona aquello en que la vida, encerrada y limitada para que pueda crecer, encuentra la base necesaria por cuyo producto puede recibir el estímulo que hace surgir sus poderes internos a la verdadera manifestación: la vida en germen y la forma en germen.

Si nos detuviéramos un momento a estudiar esa partícula de protoplasma, ¿no nos enseñaría tal estudio importantes lecciones acerca de la vida que anima a la forma? ¿No veríamos al examinarla que la vida es la que dirige y no la forma? La función de la vida, las demandas de la vida a la forma, es lo que ocasiona las modificaciones de ésta, a la cual moldea con arreglo a sus necesidades. Tal ser no tiene órganos por los cuales pueda ejercitar todas las funciones de la vida que vemos en actividad en criaturas superiores. No tiene boca, ni miembros, ni pulmones, ni sistema circulatorio; todo ello tiene que ser contraído en el lento proceso de la evolución de la forma; pero necesita alimento, y se construye una boca; desea moverse, y se hace unos miembros; le es necesario oxígeno, y se construye un aparato respiratorio; en todas partes la vida moldea la forma, hasta la más rudimentaria que podemos descubrir. La conciencia está allí: la réplica de la vida que está dentro, la manifestación de los poderes de la vida; ésta, funcionando en la forma, la moldea a sus fines y nos habla de la fuerza directora que usa las formas para su propia evolución.

A medida que paso a paso avanzamos, surge otro pensamiento que nos consuela. Hemos abandonado la idea de la creación especial por lo que respecta a todas las formas; hemos renunciado, por irracional, a la idea de que la forma, perfecta en todas sus partes, complicada en su organismo, constituida de innumerables variedades de tejidos, surgió de alguna parte al mandato de un poder creador. Pero si esto es así, entonces cuando llegamos a tratar de este organismo mucho más complicado, la vida humana, ¿podemos considerarla como creación especial cuando muestra en principio todo lo que hemos reconocido como una señal de la evolución al ocuparnos de la forma? Vemos un ser humano altamente evolucionado, una conciencia altamente desenvuelta, una inteligencia altamente desarrollada, una maravillosa complejidad de pensamientos, de sentimientos y de pasiones;

vemos un ser que, considerado internamente, es maravillosamente complejo en todas partes: ¿es esto el resultado de una creación especial que no se ha presentado en ninguna otra parte de la naturaleza? ¿Es la más complicada de todas las cosas, creada especialmente sin causación tras sí, sin nada que la explique, surgiendo repentinamente en el complejo ejercicio de sus funciones? ¿Es este el concepto que debemos formar después de haber aprendido que debemos desecharlo en todos los demás departamentos de la naturaleza? Cuando al mirar la evolución de la forma vemos toda una cadena de formas; cuando vemos que las podemos eslabonar, perfectamente enlazadas, desde la más elevada a la más ínfima, hecho comprobado por la serie perfectamente ordenada y sucesiva de las formas; cuando vemos las inteligencias humanas mostrarse en la vida mental y moral en todos los grados del crecimiento sucesivo; cuando vemos esas inteligencias humanas, una en germen, otra desarrollada en parte, otra con mayor desarrollo, y así sucesivamente, eslabón tras eslabón: una escala de la inteligencia lo mismo que una escala de la forma: en el mundo de las vidas que evolucionan la serie sucesiva ordenada, la sucesión definida, definida como en el mundo de las formas que nos rodean, ¿podemos nosotros, si somos seres razonables, rechazar por completo, respecto de la vida, la misma argumentación que nos condujo al convencimiento de la evolución de la forma? Considerando todos esos diferentes grados de inteligencia tal como se nos presentan, ¿no hemos de verlos también como una escala de vida, así como hemos vista una escala de formas? ¿Podemos rechazar la creación especial para el mundo de las formas y no prescindir de ella en el mundo de la vida? ¿No debe una misma mente aceptar ambas si la mente se permite argüir en el estudio de la vida como arguye en el estudio de la forma? A menos que podamos dividir nuestros cerebros, como se ha dicho, en compartimentos, y separar por completo nuestros métodos de pensar cuando tratamos de la forma y de la vida, ser razonables en lo uno y faltos de razón en lo otro, admitir la fuerza del argumento en un caso y negarlo en el otro; a menos que de tal modo pisoteemos la inteligencia, es imposible dejar de admitir la evolución en el mundo de la inteligencia, de lo mental y moral, así como tampoco dejar de buscar la base continua, única cosa que puede hacer posible la evolución.

Hay todavía otra dirección de pensamiento que debemos seguir al trazar la evolución de la inteligencia; dirección estrechamente relacionada con una de las clases de argumentación que se presentan al seguir el curso de la evolución de la forma. Todos los que han estudiado ciencias saben que uno de los argumentos más contundentes en pro de la evolución, está en el hecho de que cada nueva forma recorre, en los primeros períodos de su crecimiento individual, esas grandes formas típicas a través de las cuales la evolución declara que aquella ha pasado en el transcurso de los siglos y de los milenios. Si preguntamos a un evolucionista por qué dice que el cuerpo humano ha evolucionado, nos dará, como una razón entre muchas, que si observamos su desarrollo intrauterino, le vemos manifestar paso a paso las señales características de los reinos a través de los cuales, en el transcurso de los milenios, han evolucionado las formas. Ahora bien; si consideramos el crecimiento de la inteligencia individual, encontramos asimismo que en cada caso atraviesa rápidamente por los estados que ha dejado atrás en la evolución, y que repite en cada nuevo período de vida los signos característicos de la escala que ha subido. Considérese la inteligencia del niño: al seguir el curso de su manifestación a través de una nueva forma, le vemos en este nuevo pequeño ciclo de vida, mostrando los diferentes grados por los cuales ha pasado. Tan cierto es este hecho, que algunos hombres de ciencia han trazado realmente, período tras período, los pasos de la evolución de la inteligencia individual como representando los pasos de la inteligencia según se la observa en el desarrollo de las razas

de la humanidad: estado salvaje, estado semisalvaje, estado civilizado, y así sucesivamente, repitiendo en el nuevo ciclo de vida los peldaños que ha recorrido en muchas vidas pasadas. Cada niño pasa por tales períodos. He aquí otra vez una identidad de hechos; ¿cómo, pues, puede haber lógicamente, una conclusión distinta?

Prosigamos con nuestros pensamientos, dejando siempre que estos grandes principios graviten con todo su peso sobre nuestra inteligencia; pues debe tenerse presente que cuando tratamos de estos trascendentales principios, no muestran toda su fuerza cuando por primera vez se los considera. Ellos desarrollan su poder persuasivo a medida que la mente se detiene a considerarlos y los absorbe en sí misma. Pensando en estos grandes principios, uno después de otro; meditando sobre ellos, tratando de ver lo que creemos probable que produzcan y lo que efectivamente producen en la naturaleza, veremos gradualmente que hemos alcanzado un argumento para la evolución de la vida, que constituye el *pendant* de la evolución de la forma, el cual es concluyente en su fuerza, todo persuasión en su llamamiento a la inteligencia. A medida que los estudiamos vemos que se nos recomienda más y más como la única explicación racional de la diversidad de inteligencias, del desarrollo moral, de las diferencias intelectuales que nos rodean, las cuales permanecerían de otro modo un problema insoluble, un enigma que no podemos descifrar. Cuando estos pensamientos han ocupado la mente por algún tiempo; cuando han producido todo su efecto, entonces vemos que nos han conducido por un camino diferente a la aceptación de aquel pensamiento fundamental de la evolución de la vida, de la cual es sólo un ejemplo la reencarnación del alma humana, la adaptación de una ley que funciona en todas partes de la naturaleza, al caso de la vida que individualmente evoluciona. Una vez que nos hayamos penetrado de esto, la evolución principia a tomar para nosotros un aspecto por completo distinto; vemos que para la vida, la muerte no es sino nacimiento; principiamos a comprender que la forma no es la vida, sino la vestidura de la vida; que así como en la infancia desechamos sin pesar los vestidos que van quedando pequeños, poniéndolos otros más en armonía con el mayor desarrollo de nuestro cuerpo, así también en el curso de nuestra vasta evolución las formas que en un principio revistiéramos como vestiduras, eran formas de niño propias para la vida de la infancia, para la inteligencia infantil, para el alma-niño, y cuando resultan pequeñas no hay razón para sentir el desecharlas. Dejamos atrás forma tras forma, pero *nosotros* continuamos; nos revestimos de figura tras figura, pero *nosotros* perduramos; las formas pueden perecer: que perezcan, porque su muerte es condición necesaria para el crecimiento de la vida, porque si no hubiera "muerte", si la naturaleza no destruyera del mismo modo que construye, si no derribase del mismo modo que edifica, entonces nos encontraríamos en la posición en que se encontrara un muchacho si sus vestidos fueran de hierro y no pudiera ni gastarlos ni romperlos; entonces la vida se quedaría enana en su evolución a causa de lo perdurable de la forma. La condición misma del crecimiento de la vida implica el rompimiento de la forma que ya no llena sus necesidades.

¿Qué es, pues, la evolución? Es ese esquema maravilloso en lamente del Logos que Él proyectó para la construcción de Sus mundos. ¿Cómo podía Él dar Su vida de un modo tal que de aquella vida una pudiera surgir la variedad infinita? ¿Cómo podía Él derramar Su vida de tal manera que no crease duplicados de Sí mismo como meros autómatas que respondiesen a Su voluntad movidos por ella, sin una voluntad suya propia? ¿Cómo, en lugar de esto, podía Él crear un universo de criaturas dotadas de movimiento y de vida, a quienes al dar Su vida les comunicase Su propia existencia, para que cada una fuese un centro de vida existente propia y desarrollase de ese centro de propia existencia poder tras

poder, facultad tras facultad, posibilidad tras posibilidad, todo, en fin, lo que distingue Su propia sublime y perfecta vida? ¿Cómo podía Él traer a la existencia Sus finalmente cooperadores, sus pares?

Dotados de propio movimiento tenían que ser; esto implicaría la evolución de la voluntad. La voluntad en Él es todopoderosa, todo competente, todo dominante, siempre dirigida a lo más elevado y a lo mejor, guiada por una sabiduría perfecta y un perfecto amor. ¿Cómo podía desarrollarse una voluntad semejante en esas criaturas a las que en la infinitud de Su propia mente Él proyectó en pensamiento antes de hacerlo en la forma? Una voluntad como la Suya para ser libre, una voluntad como la Suya para elegir siempre lo mejor, no por compulsión externa, sino como expresión de una vida perfecta, ¿cómo podía manifestarse semejante voluntad en ellas; cómo podía semejante vida alcanzar su perfección?

La respuesta a esta pregunta fue evolución; la vida dada como un germen, la forma dada como un germen, la forma debiendo tener la característica del cambio, la forma siempre deshaciéndose y reconstruyéndose, la forma en un principio sencilla y tornándose complicada a medida que el germen en evolución que la habitaba lo exigía así más y más; ambos continuos, ambos en un sentido inmortales; esto es, que al paso que la exterioridad de la forma no era continua, existía el lazo de la materia que daba la continuidad; luego la vida debía funcionar en ella y moldearla, darle forma ya de una manera, ya de otra, ensayando éste y aquel experimento, ésta o aquella clase de experiencia, sin tener límite en ninguna parte, excepto que una sola Ley debía ser el guía; que hiciese lo que hiciese, los resultados de su actividad debían volver a ella; que sea lo que fuere lo que eligiese, esta elección debía ser contestada sin la posibilidad de rechazo. La Ley una de causación fue impresa por el Logos en Su universo, una Ley que jamás podría ser violada, porque sólo así podía ser educada la vida, porque sólo así podía ser ejercitada hasta la suma perfección. ¡Cómo! ¿Qué la vida puede sumergirse en toda clase de expresión; que la vida puede experimentar libremente, actuar con arreglo a su fantasía y a sus caprichos; que la vida puede lanzarse en todas direcciones, aquí y acullá, sin que nadie se lo impida? ¡Sí!; esa libertad fue dada a la vida porque la vida era parte de Su propia vida, y sólo así los poderes que eran Suyos y que estaban en germen dentro de esa vida, podían ser definidamente evolucionados.

A medida que aprendía lecciones por estos continuos experimentos, la vida conservaba la impresión de cada una de aquellas. El mundo, el pensamiento del Logos, devolvía a la vida en evolución la respuesta perfecta a cada palpitación que lanzaba como demanda. De este modo la vida aprendió lecciones de experiencias; de este modo la vida almacenó en sí misma una memoria de los resultados de cierto género de actividades. Estas actividades la atraían algunas veces con los halagos de la sensación, reprimiéndola luego con el sufrimiento que seguía a la satisfacción de aquella, y lentamente la vida aprendió a escoger más sabiamente; poco a poco esta vida aprendió a guiarse a sí misma, ayudada del conocimiento y de la inteligencia; de suerte que a medida que la voluntad evolucionaba y se acrecentaba el poder de elección, aprendía siempre a determinarse por lo mejor, porque encontraba que lo mejor y lo más dichoso eran una sola cosa. Así, la vida evolucionó con muchas experiencias, sin que faltara una sola de las que le eran necesarias; pues otro objetivo se halla ante esta vida, el objetivo que, al ayudarle a avanzar, lleva a efecto el mismo Logos; esa vida debe ser el auxiliar de otras vidas, el instructor de inteligencias más jóvenes; lo bastante sabia, lo bastante fuerte, lo bastante inteligente para convertirse a su vez en un auxiliar y un guía para dar en lo sucesivo su propia luz, de la cual surgirán a la

evolución otras vidas en otros universos. Porque cada uno de estos gérmenes de vida ha de elevarse a la altura en que se encuentra el Logos hoy, para poder ser el centro de un nuevo universo, para derramar su propia vida a fin de que otros semejantes a él puedan venir a una existencia gloriosa y radiante. ¿Pero cómo hubiera podido ser esto faltando la experiencia? ¿Cómo hubiera podido ser esto si algo quedaba por conocer? El Logos de un universo tiene que incluirlo todo en sí mismo, sentir con todo, simpatizar con todo, vivir en todo, porque de otro modo ¿cómo podría evolucionarlo todo? Lo inferior tiene que evolucionar, como asimismo lo superior; lo no desarrollado como lo desarrollado. Dentro de la evolución que ha de terminar en un Logos, todas las experiencias tienen que pasarse, todas las posibilidades de la vida tienen que conocerse. El tiene que amar, simpatizar y vivir en todo; por tanto, tiene que haberlo conocido todo, porque de no ser así estaría fuera de Su vida, fuera de Su experiencia. El secreto de la maravillosa paciencia del Logos está en que Él ha pasado por todo ello en el pasado. Porque Él mismo ha trepado por la inmensa escala; Él está presente en cada peldaño como auxiliar de la vida, que es la suya propia, por ser de Él emanada, multiplicándose en el universo que ha traído a la experiencia; y la evolución es la fuerza de Su vida, dada a la vida que Él emana, a fin de que se desenvuelva. La fuerza tras ella es esa voluntad perfecta; la meta ante ella es ese Ser perfecto. El camino es largo y penoso cuando se le considera desde sus etapas; el camino es corto y dichoso, considerado desde la meta, cuando la conciencia mira hacia el pasado. ¿Dónde está, pues, el pesar; dónde el dolor? ¿Dónde está el corazón despedazado, dónde los ojos llenos de lágrimas? Esto no es más que las experiencias de la forma que han enriquecido la vida, la cual encierra dentro de su mismo dolor el poder de la simpatía, dentro de sus propias tristezas una fuerza. El secreto de la evolución se ve en sus principios en la mente del Logos, terminando en la realización de todo aquello en que pensó; y las dos líneas de la evolución son claramente necesarias; ninguna de las dos podría existir sin la otra; de un lado la de la forma, de otro la de la vida. El lado de la forma nos habla del dolor y de la muerte; el lado de la vida nos habla de la expansión, del crecimiento, de la dicha. La Naturaleza no es un campo de batalla lleno de sufrimiento, de muerte y de miserias; la Naturaleza es el Corazón del Logos ensanchándose a fin de que un universo venga a la existencia, y una vez conocido el secreto del Señor, todo se convierte en hermosura, en dicha, en amor.
